

noble afecto del jóven poeta D. Antonio Hidalgo de Mobellan, desinteresado y fraternal amigo de México, al que muchas veces ha honrado con benévolas apreciaciones, una carta digna de su talento, destinado á brillar como merece en porvenir no lejano.

Quépame la honra de representar á los poetas que en esta coleccion figuran, para dar en su nombre á tan insignes escritores, testimonios de invariable reconocimiento.

No aparecen aqui todos los poetas que hoy brillan en la literatura mexicana.

A tan gran distancia de la pátria, cuando yo emprendí esta publicacion no me fué fácil adquirir obras de todos.

A ninguno omití voluntariamente y de los que doy á conocer no estuvo en mi mano escoger lo más hermoso de sus producciones.

Este libro será un nuevo motivo para estrechar nuestras relaciones literarias con España.

Con tal deseo lo publico, dándole por ser la expresion de la poesia moderna de México, el nombre de **LIRA MEXICANA.**

JUAN DE DIOS PEZA.

Madrid 8 de Marzo de 1879.

PRÓLOGO

• Al gigante clamor que en torno susurra
Que despierte la lira americana •

(A. MAGARIÑOS CERVANTES. *Brisas del Plata.*)

Débense al amor á la patria, no sólo grandes hechos que registra la historia y aprovecha la posteridad, sino tambien obras literarias de reconocido mérito que se transmiten las generaciones como prueba de que no ha sido en vano su paso por la tierra. Eslabones de una cadena que reúne las más distantes épocas, ramas de un mismo tronco que no deja de crecer, unas veces agitado por huracanes y otras mecido por céfiros, elévanse de tiempo en tiempo esas obras como otros tantos monumentos del patrio amor, apartando de sí, aunque por algun concepto la merecieran, toda censura. Si como la presente co-

lección de poetas mexicanos contemporáneos se proponen dar á conocer obras ignoradas ó escasamente conocidas en países que hablan la misma lengua y hasta cierto punto participan de iguales sentimientos, con ser tan laudable como hemos dicho su propósito, su utilidad es aún mayor, porque está probado que la nacionalidad literaria es distinta completamente de la política; y no pocas veces viene á ser el cultivo de la misma lengua como la vara de Mercurio que, puesta entre las serpientes que luchaban, las atrajo á sí, formando en el simbólico y nuevo emblema del Caducéo el cetro de las ciencias y las letras entre los pueblos hermanos.

No há muchos meses que en una obra sobre antigua literatura mexicana saludábamos en América la digna continuadora de nuestras inmarcesibles glorias literarias; y entónces, al apreciar el trabajo del doctor Mascaró, de Montevideo, dijimos cuál era la opinión más generalizada entre los literatos españoles acerca de las producciones originales del nuevo continente; ahora saludamos en México aquella hermosísima region hispano-americana, la primera en recibir de nuestras manos el arte divino de la imprenta, y la primera también en devolvernos con usura en obras de mérito el fruto de nuestros desvelos; tierra por nuestro sudor regada, querida para la Península como las pupilas de sus ojos, teatro de escenas

memorables en la naturaleza y en la historia, y la primera entre los combatientes de nuestra raza frente á la invasora que la rodea, la que se conquistó quizá con ménos gente y la que más tesoros de toda clase nos produjo, la que parece señalada para llevar el cetro de la gran familia española en América, la que no de otra suerte que el águila de su escudo está destinada á contemplar desde la altura de su gigantesco nido cómo se hace y se rehace el mapa del nuevo continente, país que, con un pasado parecido al de Egipto en su escritura geroglífica, en sus monumentos ciclópeos, en los misterios de su historia, es el mejor representante de todo el Oriente antiguo frente al moderno Occidente. Hay quien la cree misteriosamente relacionada de antiguo con el pueblo hebreo, guardadora de algunas centellas de la revelación que se hizo á los patriarcas; la historia nos asegura que nos recibió como á los Mesías de Oriente, y que nos abrió sus tesoros, que nos dejó reconocer sus volcanes, sus selvas y sus llanuras, y que, apenas unida á nuestra monarquía, dividió entre la metrópoli y las colonias que hoy todavía conserva, todas las joyas que atesoraba en su seno. México alimentó, no sólo á España, sino á Cuba y á Filipinas; como los romanos las naves de Sicilia, así esperábamos y esperaba el archipiélago asiático la vuelta de la nao de Acapulco; y miétras tantas otras posesiones de

nuestro territorio ultramarino sacudian en determinadas épocas el yugo peninsular, México se contaba siempre entre los pueblos amigos. Y después de sonar la hora de la independencia, distinguióse del Perú y otras regiones del Sur por su adhesión á los intereses peninsulares, á lo que España correspondió como debía, dejándole no há muchos años en completa independencia para conservar su antigua forma de gobierno ó para escoger otra diferente. Pues tal es el estado de las relaciones entre México y España, cumple á la comunicacion literaria seguir las vías de la política y estrechar más y más los vínculos que las unen con mútuo conocimiento de los autores de ambos países.

Si el primer elemento de una literatura es la lengua en que se expresa, el segundo y tal vez más importante es el espíritu general que en ella domina. Respecto á la lengua, sería infundado negar que al pasar del pueblo que la produjo á otro en que se adopte, sufre notables modificaciones, ajenas al primero, que vienen á formar como un nuevo dialecto de los que aparecen entrados ya en su virilidad los idiomas, no de los que preparan, cuando comienzan á formarse y ántes de que se fijen, su primitiva fisonomía. El castellano americano admite, no sólo palabras, sino frases y maneras de construir de que no nos dá cuenta la Academia; y si la poesía goza siem-

pre de más libertad que la prosa, claro es que la diferencia es aún mayor entre el estilo poético de la metrópoli y el de las antiguas colonias. Poco importan para las modificaciones de las lenguas las palabras nuevas; lo que contribuye á desfigurarlas es la nueva sintáxis, y si es imposible paralizar en los vasos la circulacion de la sangre sin que se arriesgue la vida, no lo es ménos contener el curso de la existencia y de la transformacion local en los idiomas. Pueden inspirarse los dialectos, sobre todo en los buenos autores, en las antiguas gramáticas y en los modelos que se dicen clásicos; pero sabido es que no se respeta el clasicismo de las modernas literaturas, como el de las lenguas latina y griega. Véase cómo lo respeta la gramática de Bello, quien sin dejar de prestar un tributo de admiracion á nuestros modelos del décimosexto siglo, aprecia en lo que realmente valen las diferencias entre el castellano peninsular y el de América; véase también cómo las entendía Baralt, autor venezolano, en su notable *Diccionario de Galicismos*. Los escritores mexicanos, cuyas obras contiene el presente volumen, con educacion más ó ménos clásica, han gozado de toda la independencia que permite el uso de su país; más á pesar de esta circunstancia, no advertirán los españoles que lean sus poesías desmedida licencia en su sintáxis. Quien compare la presente coleccion del Sr. Peza con la

que publicó en Leipzig años pasados la señorita Ana Witstein, que apenas se ocupó de los poetas mexicanos, dedicando casi todo el libro á los vates de la América del Sur, no encontrará en aquellos tanta licencia en la expresion como en el caraqueño Abigail Lozano, ni tanta como en muchos de los poetas cubanos, cuyas relaciones con la península son, sin comparacion alguna, más íntimas y frecuentes. Conviene que así lo adviertan nuestros lectores para que juzguen del estado de la instruccion en la República mexicana por la forma que dan á sus producciones los más privilegiados ingénios.

Cumple á nuestro propósito manifestar que la coleccion del Sr. Peza no comprende obras anteriores al presente siglo y que se dedica á la generacion literaria que aún vive y todavía estudia los múltiples secretos del divino arte de la poesia; cúmplenos tambien decir que en su país hubiera escogido y publicado muchas obras más selectas que algunas de las que se ofrecen, pero á tanta distancia de la patria esto era absolutamente imposible. Dedicar largas horas á la lectura de periódicos y revistas, desechar cuando era preciso las obras del amigo de la infancia por adoptar tal vez las del adversario científico ó político, renunciar á todo espíritu de sistema para merecer elogios, tanto en el concepto de mexicano amante de su país, como en el de literato y crítico

del más depurado gusto; hé aqui la improba tarea del Sr. Peza, que pocos emprenderian y ménos aún podrian llevar á feliz término. Dichosamente para el colector, ha encontrado poderosos estímulos para la publicacion en los literatos peninsulares, y en el señor Corona, representante dignísimo de la República en Madrid, y en el Dr. Hajar y Haro, primer secretario de la legacion, cuanto cabe para el mejor éxito de su empresa. Ambos diplomáticos serán desde hoy más y más beneméritos de la patria por haber unido sus nombres á la publicacion de LA LIRA MEXICANA, libro que no se olvidará tan pronto, así lo creemos, en España ni en América.

Dificilísimo seria nuestro, por otra parte, agradable trabajo, si hubiéramos de terminarlo como crítico, por ser tantos y tan distintos los géneros de poesia que comprende la coleccion, si bien todos animados del espíritu de la moderna poesia, bastante clásicos algunos para que no se olviden al juzgarlos como se debe los cánones de los antiguos preceptistas. No pocos nombres de la LIRA pueden aspirar al hermoso dictado de poetas y de predilectos hijos de Apolo; tanto los que se inspiran en la fé de sus mayores, como los que dejan entrar en su corazon algun átomo de las dudas que como un título de gloria presentan algunas inteligencias de nuestro siglo, así los que tuvieron esmerada educacion literaria, como

los que, hijos de la naturaleza más que del arte, dan rienda suelta á la imaginacion y no se arroban con la contemplacion de los antiguos modelos. América no tiene como el antiguo mundo monumentos de la misma raza que hoy forma el nervio de su poblacion; sus antiguos bardos le son desconocidos; lo que entre nosotros se llama clasicismo es una imitacion en que no incurrirán los vates americanos hablando otra lengua, profesando ya distinta religion y estando animados de otro espíritu que los indígenas; sus tradiciones son europeas, su clasicismo tendrá que ser griego ó romano, y por más que tengan intérpretes de la antigüedad como el obispo Montes de Oca, las verdaderas antigüedades de México serán los usos y las costumbres importados por los conquistadores. El espíritu europeo de América es el moderno, el de la sociedad española, en que ya se han reflejado sucesivamente el renacimiento del siglo xv, la poderosa unidad nacional del xvi, el desarrollo científico del xvii, el filosófico del xviii y el social del xix, todos ellos penetrados de la revolucion política que ha creado las nuevas nacionalidades, sin alcanzar á destruir completamente la antigua familia. Todos los géneros literarios á que ha dado impulso la revolucion, aparecerán necesariamente en América; la historia con Funes, con Baralt, con Mitre, con Alman; la sátira, la novela política y de costumbres, con

célebres representantes al Norte y al Sur, y no ménos notables ensayos de derecho internacional y de estadística. Pero la poesía descriptiva de la verdadera naturaleza americana; pero la pintura del desierto, de la pampa, de la sierra, de uno y otro mar que rinden párias al nuevo continente; pero la descripcion de la lucha de razas y de religiones que entre sí se combaten como las tinieblas de la noche y la indecisa claridad del día, esos géneros, como confiesan los argentinos Echeverría y Magariños, no han tenido el vigoroso desarrollo que los estudios anteriormente indicados. Humboldt nos habla de un papagayo que habia conservado restos de un dialecto perdido, porque habia desaparecido la tribu que lo hablaba; aún más que esto ha perdido la generacion actual de escritores americanos, ni de tanto dispone para recordar los precedentes de civilizaciones para siempre muertas y de creaciones literarias hundidas en perpétuo olvido.

Quédales, sin embargo, la misma naturaleza que inspiró á esos desconocidos cantores, aztecas ó quichúas, caribes ó guaraníes, llanuras infinitas, sierras de no medida elevacion, rios que son mares, faunas y floras, que soñadas se antojan á los europeos, volcanes que no duermen como los de Europa y que parecen tan jóvenes como todo el continente, y todavía pueden contemplar los americanos, como Canu-

to de Inglaterra las olas que cercaban su trono de rey en las islas británicas, las oleadas de pueblos europeos que buscan trabajo y no conquistas, y entre los acontecimientos de la historia registran dictaduras como las de Francia y Rosas, libertadores de pueblos como Bolívar, Juárez, San Martín y Lavalle, anales en suma cuya variedad y grandeza compiten con las de su territorio. Para todos los géneros de poesía, épica, dramática y lírica, escenas admirables y un teatro de gigantescas proporciones; para todos los sentimientos humanos fuentes de inspiración nada inferiores á las que presentó la ciudad griega y aún á las mismas de la *urbs* romana. Las persecuciones políticas han producido ya poetas tan elocuentes como Mármol, que viviendo bajo la dominación de un nuevo Nerón, no es inferior en mérito á nuestro compatriota Lucano; los triunfos de la libertad han puesto en boca de los admiradores de Bolívar acentos dignos de Alfieri ó de Manzoni. Léase en la presente colección el canto al general Zaragoza, y se oirá á todo un pueblo, no sólo á un poeta, ensalzar las glorias de los que adquirieron eterna vida en la historia, ofreciendo su existencia en aras de la patria.

Si queremos estudiar en la poesía americana las reminiscencias del verdadero clasicismo y ver cómo los descendientes de los Leones y Herreras copian el libro per excelencia, la *Biblia*, que tiene verdades

para todas las épocas y acentos para todas las glorias y para todos los dolores, leamos en la *Cena de Baltasar*, por Carpio, una de las mejores obras de que puede gloriarse la poesía castellana. No la desdenaría el cantor de Lepanto, aquél que de Dios y con Dios hablaba, aquél que parafraseaba la *Biblia* como nadie entre los modernos cantores. «Carpio, dice Arroniz en su *Manual de Biografía Mexicana*, es un modelo que deben estudiar nuestros jóvenes poetas, y estamos seguros de los benéficos frutos que de tan útil estudio llegarán á recoger. Esta opinión es tanto más franca de nuestra parte, cuanto que sus ideas disienten de nuestra conciencia literaria, pues lo creemos partidario acérrimo de la escuela clásica, é idólatra de Homero, Horacio, León, Corneille, y nosotros, al contrario, somos cosmopolitas, pues nos extasiamos también con el poeta de la inteligencia, Goethe, con el de corazón y duda, Byron, y con las contemplaciones religiosas de Lamartine.» Uno de los más renombrados poetas de la República, Pésado, publicó en 1849 las poesías, que valdrán sin duda á Carpio brillante y perdurable fama.

«Entre las sagradas, vuelve á decir Arroniz, damos la preferencia á la que lleva por título *Castigo de Faraón*, en la que resaltan admirables rasgos descriptivos; entre las religiosas, llamamos la atención sobre el *Camino del Gólgota* y la *Virgen al pié de la*

Cruz, por su unción, sencillez y hermosura. En la que el poeta consagró á su patria campean el patriotismo puro del autor y la grandeza de la naturaleza, y en la composición *Á la Luna* se respira ese aire de desolación, se palpan esas escenas de ruina, se piensa en los recuerdos de esplendor pasado y se aplaude al poeta. Sus sonetos, como dice muy bien otro vate, son una verdadera galería de cuadros que se miran y se vuelven á mirar siempre con nuevo gusto. Carpio muestra un gran fondo de instrucción en ciencias y en literatura y cuán familiares le son los autores clásicos. ¡Ojalá que su docta é inspirada musa siga enriqueciendo nuestro museo literario con los tesoros de su ingenio!»

La comparación aquilata el mérito del escritor, y ningún crisol como este cotejo para conocer el metal y la liga. (1) Carpio ha tratado los mismos asuntos que Byron y Manzoni, comparémoslos. Como aquel cantó la *Cena de Baltasar*, en que se derrumba un trono, como éste *El doloroso crepúsculo de Santa Elena*, en que muere un monarca, no de raza de reyes, pero sí de géneos. Carpio no era el poeta de la duda como Byron, lo era de la fé como el cantor del *Cinque di Maggio*; pero tuvo mejor elección que ambos, porque Manzoni hubiera podido tratar mejor que By-

(1) Voltaire Dict. Phil. art. Rochester et Waller.

ron un asunto religioso y Byron mejor que Manzoni los últimos instantes del gran enemigo de Inglaterra. Carpio tenía en su lira cuerdas para los dos cantares, ayes para el mártir de la lujuria y para la víctima de la soberbia, asuntos uno y otro de moral religiosa y de moral filosófica, y á un mismo tiempo humanos y divinos. ¿Qué importaba á Byron, que se reía de las luces de la fé, la simbólica oscuridad de la mano que trazaba en el corazón de Baltasar, más que en el muro, las fatídicas palabras *Mane, Thecel, Phares?* ¿Qué decían á Manzoni las desgracias del Rey y libertador de Italia, no su enemigo, en comparación de los misterios del Cristianismo que ensalzara en odas inmortales? Razon más para ceñir con laureles inmarcesibles las frentes de Byron y de Manzoni, para admirarlos en géneros que eran poco compatibles con su vocación literaria y aún con su vocación religiosa, razon más para loar en Carpio al feliz poseedor de tan opuestas prendas.

Propúsose más que nada Byron trocar en arrebatadoras melodías los roncós sonidos de la lira británica, no de otra suerte que Moore, músico al ser poeta y poeta al ser músico, escribiendo su poema de *Baltasar*, no una lección de religion y moral, no un anátoma del libertinaje. Lector de la *Biblia*, ménos que ningún otro protestante, lo era, sin embargo, para encontrar en ella la duda, como sus correligionarios

encuentran todo lo que les parece; Carpio era religioso, á prueba de sus profundos estudios en medicina y ciencias naturales; Carpio se proponía enseñar y con la fé del católico declamar, sin separarse de la *Biblia*, contra la corrupcion de las costumbres. También él había visto derrocarse un gran trono; Byron veía en el zénit el sol de su pátria y murió viendo despuntar sobre las cumbres de la Hélade un trono y un pueblo nuevos. Carpio era clásico; romántico Byron: no podía entrar con más desventajas en la lid con el vate mexicano, sea esto dicho en desagravio á los manes del gran cantor de Sevilla y de Venecia. Léanse ahora los dos poemas, y aunque se conceda lo que se quiera á la diferencia de metros y de estilos, de sistemas y de circunstancias, ¿dónde se halla en Byron la magnífica descripción del ejército sitiador que respira fuego y la del lúbrico banquete donde todo estaba impregnado de aromas y de lascivia? En sentir del que tiene fé, son bastantes los ratones para destruir los arcos de Sennacherib; para el que no la tiene, los imperios caen porque ha de renovarse la historia, porque hay para los imperios días y noches, como para la naturaleza la luz y las tinieblas.

No, para el que no tiene fé, siquiera perezca luchando por un pueblo que no conoce, siquiera delirar por los restos de la antigüedad y maldiga á Lor Elgin con los acentos de la antigua *pithia*, es más temible el

ejército sitiador que las pasiones que cercan y rinden y aherrajan el alma; para el poeta católico no es *Ciro*, es el vicio quien mina los tronos; no es la ley de la historia, sino ley de la Providencia la que les señala término. *Dominus mortificat et vivificat, deducit ad inferos et reducit*. Examinando lo íntimo de su alma encuentra á Dios y dice: *Si ascendero in cælum, hic es, si descendero in infernum ades*. Y contempla los muros y las guardas de la embriagada ciudad y exclama: *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*. Todo esto lo sabía Carpio; Byron olvidaba todo esto. *Ciro* no se mueve en la obra de Carpio; Dios le ha de conducir por la diestra á ser Rey y á ser conquistador, y la mano está ocupada todavía en trazar la fatídica leyenda. El *Ciro* de Byron lo es todo, poco y tal vez nada la profanacion del festin; ¿qué más daban los vasos del templo de Jerusalem que el cráneo que otra vez cantó Byron, queriendo beber en él como sus rudos progenitores germánicos, como el lombardo *Albuino*? Y no se crea que el misticismo de Carpio no le deja conocer los atractivos y señuelos del placer; los describe como quien los conoce, pero los trata como quien los desprecia. Y cuando introduce al profeta en el festin, ¿no lo hace de otra suerte que Byron? La prudencia humana, que habla por boca de la divina sabiduría, cede su puesto en Byron á la prediccion puramente

humana, que podría sacarse del tesoro de la experiencia. Carpio era de la familia de Elías, que veía al Señor no siempre entre el fuego ni entre la conmovión siempre; Byron era de otra familia, de la de los profetas de Baal, que dudaban de la asistencia divina para conseguir la lluvia, y creían lograrla, ó fingían creerlo, con grandes alaridos.

Un soneto ha dedicado Carpio á Napoleon; América debe al capitán del siglo XIX ménos males y ménos bienes que Europa; más adviértase que dicho soneto envuelve la misma idea, desarrolla el mismo argumento que el *Cinco de Mayo* de Manzoni. Este, sin embargo, le canta en una forma nueva, y en nueva rima, despliega un gran lienzo histórico; se refiere á las grandezas del pasado, se detiene al caer la tarde en referir los pensamientos que asaltan al conquistador caído; figúrasele ver al águila registrando desde su alto nido los huesos de las víctimas amontonadas en la llanura; Carpio usa la más clásica de las formas poéticas, el soneto; la ménos propia para el análisis, la mejor para la síntesis; y si al preparar la composición de Baltasar tenía indisputables ventajas sobre Byron, aquí las tiene indisputables Manzoni sobre el poeta mexicano. Sin embargo, despidámonos de la preocupación con que todos leemos el *Cinco de Mayo*, que empezamos á saborear desde la infancia, y dígame si en unas cuantas pince-

ladas no logró encerrar todas las bellezas del poeta italiano. Bástanle á Carpio dos versos para pintar la grandeza, y si dedica más á la ruina del conquistador, es porque las letras, en quien merece manejarlas, en poder del génio, son siempre cortesanas de la desgracia. Razon tenía el crítico citado por Arroniz al decir que los sonetos de Carpio forman una galería de inestimables cuadros históricos. Y en verdad que mejor destino, iniciado por nuestros poetas castellanos, no podía desear el soneto, harto ya de cantar amores y hastiado de ternezas con Petrarca y hasta con Herrera, que tanto puede un génio como el primero, formando escuela, más por imitación que por convencimiento en sus imitadores.

Despidámonos de los cantores históricos. La poesía histórica por excelencia es la épica, y el mejor sitio donde puede reposar es bajo la almohada de Alejandro el de Macedonia. Si acaso los poetas americanos quieren cultivarla, tomen, como el neo-granadino Arboleya en los tiempos de la reconquista, asuntos parecidos á las luchas de los Titanes; España no ha emprendido ese trabajo; obra suya fué; pero aún espera que peninsulares ó americanos la presenten con toda su grandeza, obra de Homero que ántes hasta siete pátrias se disputaban y hoy no puede reivindicar ninguna.

Pasemos á la escuela veneciana del arte poética,

pues tal nombre merece la de los Flores, Cuencas y Altamiranos. *Ut pictura poesis*, parece que hay cuadros que cantan, y la verdad es que hay poesías que pintan. Privilegio fué de la ciudad de las lagunas de oscuro aspecto y de más tenebrosa historia, esa magia del color que sus obras pictóricas presentan, y de nuestra raza emplear esos mismos tintes expresando los más delicados matices del sentimiento. Cuenta el buen Nierembeg que, pensando un asceta en las delicias de la eterna vida, creyó, como algunos modernos racionalistas—que por algo los artistas de la Edad Media esculpian algun diablo en las sillerías de los coros—que una existencia de perpétua felicidad y que mirase sólo á un bien, debiera ser algun tanto monótona, y que Dios, para desengañarle, llevó al monje á la huerta, donde estuvo larguísimo tiempo arrobado con el trinar de un pajarillo, que sobre frondosa copa de árbol anidaba, y que, vuelto del éxtasis, halló destruido el monasterio, á cuyos nuevos y desconocidos habitantes hubo de referir cómo un bien y el deleite del bien, aún no cambiando, llenan de perdurable contento las almas. Espíritus sencillos, almas ingenuas, ojos que no ven luz sin vivísimos colores, orífices y joyeros de la palabra Altamirano, Flores y Cuenca, parece que tuvieron delante de sí para ofrecer á la poesía como á gentil Margarita el estuche de alhajas que se ofreció á su

amante por el doctor Fausto. Ante la feliz naturaleza de América pudieron cultivar ese género descriptivo que ha inmortalizado á Delille y á Thompson y que cautiva nuestra admiracion para el cantor de las Geórgicas. La mañana no luce más sobre la mal despierta tierra que como le pareció á Cuenca, pintando y no cantando. Es imposible reunir más imágenes en ménos líneas, ni pasar del lánguido amanecer al día que llama al trabajo con más tiernos sentimientos que los del poeta, cuando tambien la vida y el calor y el peso del día quieren que ejercite sus fuerzas. Si entramos en un bosque con Altamirano, ¡qué deliciosa es allí la permanencia y qué triste la salida! Hablar de amor como Altamirano y Flores, reservado está sin duda á los que, dejando los trillados caminos de la imitacion, que á pocos pasos ya no presentan flores sobre los tallos, sacan de lo íntimo del corazón las notas que parecen salir del arpa. Ah ¡que no se puede amar así, donde la naturaleza se halla tan desfigurada, y si así podemos decirlo, tan pervertida como en Europa! No así amaban Propercio ni Ovidio, cuyos acordes en el festin de Baltasar quizá no hubieran desentonado; ni así amaba Petrarca, ni los conceptistas italianos, ni todos los que tal desgracia sientan donde la civilización haya tocado en los últimos límites del refinamiento y de lo que mal se llama cultura. Amar y

expresar el amor como lo permite aquel perdido estado social, é interesar al mismo tiempo el corazón más gastado, propio es de grandes maestros, á quienes preciso es perdonar por lo que vale el color alguna ligera incorreccion en lo que se refiere al dibujo. Demos tambien al sentimiento cristiano una parte, y no se lo lleve todo la naciente civilizacion, y digamos á los que amaron como Marina, la compañera de Cortés, que reconozcan algun elemento de la antigua cultura, siquiera en el sentimiento religioso que debieron, como su gallarda compatriota, á la influencia de los descubridores.

Pero aún debe aparecer en escena la poesía filosófica: despues de los campos de batalla y de los festines, despues del bosque sombrío y de la extensísima llanura, bueno es que aparezca el anatómico anfiteatro. (1) Venga un poeta naturalista y realista, manejando á la par la lira y el escalpelo, y dándonos con ellos á conocer lo que vale tanto como Ercilla, cuando dejaba la espada por la pluma. La poesía cantó siempre la vida y tambien canta la inmortalidad; pero ante la muerte casi siempre enmudece. No así el bardo mexicano, en quien algo pitagórico y algo espiritista se descubre. ¿Se extasia ante la materia ó ante el espíritu, parecenle una misma cosa?

(1) Nos referimos á la preciosa composicion de Acuña. — *Ante un cadáver.*

Si canta la materia, ¿no parece que han tocado sus labios el áscua que abrasó los de Isaías, para demostrarnos, contra lo mismo que se proponía, que si la materia no se destruye, que si pasa como el Dante de círculo en círculo, jamás se hace espíritu, jamás infinita, nunca poesía, nunca inteligencia, virtud, grandeza semi-divina, poco menor, como dice el Rey Profeta, que la misma naturaleza de los ángeles? Enhorabuena que lo primero suceda, demuéstralo la ciencia; pero el mismo génio del poeta nos prueba que la materia por nada deja de serlo, y que jamás puede producir tan grandes creaciones. Materialista es quien piensa que la materia no perece, y materialista en muchas vidas quien lo es como el poeta citado, á diferencia de otros que sólo son materialistas en una. Pero espiritualista es á pesar suyo el que presta al último átomo desprendido de la materia, á ese rezagado hijo de la podredumbre del sepulcro, esas alas de insecto cón que susurra al oído del objeto de su amor, esas palabras de otro mundo y esos largos y tristes ósculos con que viene á favorecerle durante el sueño. ¿Quién hace á esa materia serlo y no serlo, y quién dió al poeta ideas tan sublimes, palabras tan bellas en medio de la hediondez del anfiteatro? Confíeselo ó no, debe aquellas y estas el materialista cantor á la influencia de aquella religion que repite las palabras de Job y las hace suyas: *Putredini dixi:*

mater mea es, et frater et soror mea vermibus. La belleza que es de Dios, es por donacion suya del espíritu donde quiera que la veamos; la verdad es de Dios y no de la ciencia, (1) y espiritualista es el pensamiento del doctor mexicano, como lo es la idea del alma, que en su primitivo origen quiere decir mariposa de brillantes colores, céfiro de suave aliento, y es porque nuestras lenguas humanas, formadas como nosotros mismos de barro, manifiestan lo que son en su letra y lo que quieren y deben ser solo en el momento que esta letra siente sobre sí el ósculo amoroso del espíritu (2). El poeta mexicano no quiso ver la misteriosa Psiche que le requebraba, no la vió y apartó de los ojos la luz conque se le aparecía, ¿y quién sabe si perdió su amor, como la heroína de la fábula lo perdió por lo contrario, esto es, por querer ver á su galán, el fabuloso Cupido?

Nos falta espacio, y de seguro no contamos con fuerzas para juzgar las restantes joyas literarias en- garzadas en su coleccion por nuestro cariñoso amigo el Sr. Peza (3), honrámonos y mucho con dejar estampado en este libro nuestro humilde nombre; americanos como somos de ascendencia y de corazon, y

(1) Veritas autem ubicumque est Domini hostri est. (S. Agustín. De doct. Christ. II, 14.)

(2) «NATO A FORMAR L'ANGÉLICA FARFALLA» — DANTE.

(3) Aprovechamos esta ocasion para ofrecer á la prensa mexicana, á *La Nacion*, de Buenos-Aires, y á nuestro amigo el Dr. Lopez de Mordelle, el testimonio de gratitud que debemos á su honroso recuerdo de nuestras obras.

amantes de aquella tierra tanto como de la nuestra, damos un parabien á la de Moctezuma y Nezahualcoyotl por contar entre sus hijos á los poetas con esta publicacion laureados y al que tan dignamente los introduce como el Sr. Peza en esta reunion de familia que forman los escritores españoles, en América ó en la Península nacidos; y por si no logramos visitar alguna vez ese nuevo continente, que es el Canaan de nuestros deseos, contentámonos al ménos con haberlos expresado dos veces, y ámbas refiriéndonos á cosas mexicanas, dando á conocer á los españoles joyas de aquella tierra del oro y de la plata que todavia se presenta con el rubor de la virgen ante las aras de esta anciana y desgraciada madre España, ofreciéndole las primicias de su literatura, con blanco velo de hermosa desposada, y más hermosa con las nativas galas de su país que las naciones europeas que arrastran oro y seda y cuentan larga genealogía de antecesores y que no van como la Eva de Milton y de Flores á cantar los primeros amores y las cuitas de su feliz juventud, sino como la Reina de Sabá, á proponer enigmas á Salomon, lleno de ciencia y de corrupcion, en áureo trono que sus predecesores ocuparon durante larga série de siglos.

Dr. Antonio Balbin de Unquera.

Madrid, 6 de Marzo de 1873.